

LA EPISTEMOLOGIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

*Julio Antonio Corigliano**

“En la finitud histórica de nuestra existencia está el que seamos conscientes de que, después de nosotros, otros entenderán cada vez de manera distinta. Para nuestra experiencia hermenéutica es incuestionable que la obra misma es la que despliega su plenitud de sentido al paso que se va transformando su comprensión; también es una sola la historia cuyo significado sigue autodeterminándose incesantemente” (p.452).¹

La presente exposición intentará poner de relieve los principales rasgos de una epistemología de las ciencias sociales desde la hermenéutica filosófica elaborada por Hans-Georg Gadamer en *Verdad y método*. Aquí la reflexión sobre **interpretación e historia** constituye el modelo que funda la comprensión del fenómeno humano tanto en su aspecto individual como social, por lo tanto, el modelo sin más de la metodología propia de las ciencias humanas.

I. Aclaración metodológica

“...La tarea hermenéutica se concibe como un entrar en diálogo con el texto...” (p.446).

* Universidad Nacional de La Matanza.

¹ Todas las citas corresponden a Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1977.

der [...] es la forma originaria de realización del estar-ahí, del ser en el mundo” (p.325). “Comprender es el carácter óntico original de la vida misma” (p.325). La comprensión, entonces, no es un ideal último de la filosofía que ha de ser alcanzado a través del proceder metódico, destinado a prevenir los prejuicios y los errores que lo amenazan desde la actitud ingenua o acrítica, como desde la modernidad viene afirmándose, sino que **es el modo de ser mismo del hombre**. Y este comprender es, en definitiva, un **comprenderse**, un bucear hacia sus mismas últimas posibilidades, un inquirir exhaustivo hasta los propios límites: la nota infaltable de toda comprensión es la experiencia de sí mismo. “En último extremo, toda comprensión es un comprenderse” (p.326). Cuando uno comprende, no sólo conquista el significado de aquello que quiere comprender, una expresión, el manejo de un instrumento, etcétera, sino que “quien comprende se proyecta a sí mismo hacia posibilidades de sí mismo”, se comprende.

De aquí también que la comprensión se despliegue en un verdadero círculo, una **circularidad hermenéutica**; el ser que comprende es histórico, por tanto, **el carácter de la comprensión será histórico**, y el objeto de la comprensión, que no es otro que el hombre mismo, dado que comprender es comprenderse, hace que la comprensión sea también **de lo histórico**. Así, el sujeto y el objeto de la comprensión son nada menos que el estar-ahí histórico. “Ni el conocedor ni lo conocido ‘se dan’ ónticamente sino históricamente, esto es, participan del modo de ser de la historicidad” (p.327).

C. La historicidad como fundamento

Veamos un poco esto. La misma condición histórica del hombre cualifica indefectiblemente de histórico su conocimiento, **desterrando así cualquier pretensión de absolutividad, de objetividad última y de neutralidad epistemológica a la que pudiera aspirarse**. De este modo es necesario limitar cualquier *desideratum* cientificista que tuviera por paradigma un conocimiento definitivo, total, clausurado en la certeza de sí mismo. Pero esta condición histórica no posee sólo este aspecto restrictivo, negativo si se quiere, sino que es, antes que nada, el fundamento de todo conocimiento histórico posible. “La historicidad del estar-ahí es la condición de que podamos de algún modo actualizar lo pasado” (p.327), es decir, de hacer historia. He aquí, entonces, que sólo hacemos historia desde nuestra propia historia, con nuestra propia historia, y que de este modo sucedan las cosas halla su fundamento en la historicidad constitutiva de nuestra condición humana.

Cualquier intento de romper o ignorar esta circularidad última de ser y conocer está destinado al fracaso. Veamos si no, por poner un ejemplo, la pretendida objetividad del historicismo. Ella implicaría hacer historia fuera de la historia, desde un óptica capaz de sustraerse a las limitaciones históricas y esto es el fin de la historia, su clausura, es un conocimiento histórico

desde determinadas expectativas, relacionadas a su vez con algún sentido determinado” (p.333). De este modo se declara que la aproximación a cualquier texto se realiza desde un **proyecto previo**, desde una ineludible estructura de sentido.

Ahora bien, este proyecto previo irá revisándose constantemente conforme avance la penetración de sentido, pero, a su vez, toda revisión se efectuará a través de una nueva **anticipación** de sentido. Así, toda interpretación comienza siempre con “conceptos previos”, con “prejuicios”, que teñirán que ir siendo sustituidos progresivamente, por lo cual la aproximación a la “cosa misma” sólo se concibe como **un constante re proyectar desde y sobre la cosa misma**. Esto pareciera constituir un defecto que podría teñir de arbitrariedad a todo comprender, pero no es así, como ya advertimos, la historicidad desde la cual se asume la interpretación no es más que una consecuencia de su condición de posibilidad misma y, como tal, no significa jamás un estar inmersos en un círculo vicioso sino en desarrollar una concéntrica aproximación enriquecedora. Hans-Georg Gadamer denuncia como una ilusión ingenua la pretensión del historicismo de acceder directamente a los textos, ya que en última instancia sólo conduce a una acrítica proyección sobre éstos de sentidos propios de la historicidad cultural del intérprete. “Son los prejuicios no percibidos los que con su dominio nos vuelven sordos hacia la cosa de que nos habla la tradición” (p.336). Será tarea de la hermenéutica hacernos conscientes del lugar “desde donde” nos abocamos a la comprensión.

B. El lugar de la comprensión

Debemos hacernos cargo de nuestros propios y peculiares preconceptos, con los que arribamos a la comprensión. Así habremos de reconocer: **1) Los hábitos lingüísticos** específicos, consustanciales con nuestros usos culturales: la lengua que manejamos está profundamente afectada por el devenir histórico, de modo que nos vemos obligados a precisar el significado de los términos en busca de una referencialidad unívoca. **2) Las opiniones de contenidos**: ya no se trata sólo de evitar los errores de comprensión que pudieran sobrevenir del distanciamiento lingüístico sino de precisar conscientemente las opiniones propias del intérprete y su momento cultural.

Nos preguntaremos entonces de qué modo advertir nuestros propios prejuicios, tanto lingüísticos como de contenido, y veremos que esto sólo es posible en la “experiencia de choque con el texto” (p.334), cuando advertimos que o bien en principio no da sentido o que su sentido no concuerda con nuestras propias expectativas. Ante este “desconcierto” adquirimos un experiencia del otro como “otro” que nos lleva a la propia autoconciencia.

Dos comportamientos opuestos nos incapacitan para la correcta relación con los textos; así podríamos hablar de la **unilateralidad de la absoluta proximidad** y la **unilateralidad de la absoluta distancia**. Con respecto a la

de una determinada cultura. Y con esto no se admite, nuevamente, más que el ser histórico del hombre. Pero se nos hace necesario aclarar qué entendemos por prejuicio cuando decimos que éste es ineludible a todo conocimiento. Desde la Ilustración en adelante, el término prejuicio ha adquirido connotaciones exclusivamente negativas, señalando que se trata de un "juicio sin fundamento", una afirmación que no puede ser demostrada y, por tanto, un juicio que no tiene "ningún fundamento en la cosa", en suma, un error. Pero ésta no deja de ser una pobre mutilación, consecuente con las esperanzas del racionalismo de hallar un conocimiento último y definitivo, ya que de hecho, con ajustada precisión, el término prejuicio sólo designa "un juicio que se forma antes de la convalidación objetiva" y por lo tanto "no significa en modo alguno juicio falso sino que está en su concepto el que puede ser valorado positiva o negativamente" (p.337).

Es aquí donde el problema hermenéutico alcanza toda su dimensión: quien interpreta intentará en un progresivo y constante ejercicio de aproximación a la tradición un develamiento cada vez más objetivo del lugar de la comprensión, del punto de vista propio, de los prejuicios que en última instancia nos abren al ámbito de todo posible acceso al otro, en su alteridad y en nuestra común "pertenencia" a la historia.

IV. La Ilustración: el prejuicio contra todo prejuicio

"¿Estar inmerso en tradiciones significa real y principalmente estar sometido a prejuicios y limitado en la propia libertad?
¿No es cierto más bien que toda existencia humana, aun la más libre, está limitada y condicionada de muchas maneras?"
(p.343).

Como ya dijimos, es obra de la Ilustración considerar a "los prejuicios" desde una óptica absolutamente negativa, así "sólo la fundamentación, la garantía del método (y no el acuerdo objetivo como tal) confiere al juicio su dignidad. A los ojos de la Ilustración la falta de una fundamentación no deja espacio a otros modos de certeza sino que significa que el juicio no tiene fundamento en la cosa, que es un juicio sin fundamento" (p.338).

A. Tipos de prejuicios

Ante todo se advierte que los prejuicios pueden provenir de dos causas: 1) la precipitación del investigador, y 2) el respeto a la autoridad; autoridad de las tradiciones, los dogmas, las costumbres, etcétera. Y en este respeto a la autoridad es donde se ve el origen de la mayor parte de los errores, pues mal podría precipitarse en sus conclusiones quien no hiciera uso siquiera de su capacidad de juzgar. Así, Kant exhortaba: "Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento".

chos frente a otras. **Es decir, el historicismo se convertirá en un depurado defensor del relativismo.** De este modo el ideal ilustrado de la superación de todo prejuicio acabará con el historicismo en la neutral consideración de toda realización histórica como un prejuicio, como una forma particular de concreción cultural, sin ninguna aspiración de validez que pudiera trascender sus acotados límites espacio-temporales.

C. La crítica hermenéutica

Mas para la hermenéutica histórica los supuestos ilustrados de una razón absoluta son totalmente falsos, la razón es una razón histórica que, como tal, no puede sustraerse a los límites de su propia historicidad constitutiva. "En realidad el hombre no es dueño de la historia sino que somos nosotros los que pertenecemos a ella" (p.344). Esto significa, por un lado, desacreditar la neutralidad pretendida por el historicismo, aunque de ningún modo para sumergirnos en un total relativismo, relativismo en el que no sólo el objeto sería visto bajo la lente de un acontecimiento meramente histórico, sino en el cual lo serían también el sujeto y sus juicios sobre la historia, pues sucumbirían a la arbitrariedad y el localismo de su tiempo. No, no es esto lo que pretende la hermenéutica, sino todo lo contrario, ya que, por otro lado, esta radicalización histórica no es más que la consecuente explicitación de la pertenencia del fenómeno humano a su horizonte de sentido con lo cual **afirmamos la imposibilidad de sobrevolarse objetivamente para declarar relativos sus propios juicios y colocarlos en el mismo nivel que la relatividad de todo juicio. El relativismo es heredero del planteamiento distante de una razón no comprometida.** Dado que pertenecemos constitutivamente a la historia, aun cuando pensamos relativizar nuestras valoraciones estamos escamoteando nuestra valoración. Toda asepsia de sentido pretende ubicarse más allá de sí. La hermenéutica considera mucho más productivo metodológicamente **entrar en el diálogo con el otro desde nuestras valoraciones cada vez más esclarecidas por este mismo diálogo,** pero nunca objetivadas en el distanciamiento que finalmente las contrabandea en la clandestinidad. Es así como la propia historicidad que nos señala los límites de nuestro conocimiento también nos abre a la posibilidad de éste, a la inapreciable posibilidad de comprendernos en una progresión infinita de círculos concéntricos. De este modo, el carácter prejuicioso de toda comprensión funda la posibilidad del conocimiento, nos permite el acceso a un terreno de significaciones compartidas que merecen ser discutidas en nuestra mutua relación con la verdad de las cosas mismas.

V. Los prejuicios como condición de la comprensión

"Admitimos que en diferentes momentos o desde puntos de

históricas, hay tradiciones que son **afirmadas, asumidas y cultivadas** (pp.349-50).

C. La hermenéutica espiritual-científica

Resulta claro, entonces, que el conocimiento histórico ha de asumir las consecuencias que se desprenden de este análisis y revisar profundamente sus postulados metodológicos que priorizan ante todo la objetividad científica, delimitada esencialmente como un proceder depurado de prejuicios, exento de historicidad. Esto ya no es posible. “Nos encontramos siempre inmersos en Tradiciones” (p.350) y **la misma conciencia histórica del presente es un efecto, una consecuencia del devenir de tales tradiciones**. Tal conciencia es un hito particular en el transcurrir mismo de una tradición, por tanto ha de saberse a sí misma con las limitaciones que toda perspectiva unilateral posee, mas por otro lado, capacitada inapreciablemente para la acuciente tarea de comprenderse a sí misma, ya que es de su propio pasado, de sus raíces, de donde extraería una cada vez más amplia autocomprensión y ello a lo largo de un alternativo proceso de mutuas interpelaciones.

Lo que llevamos dicho no es en modo alguno extraño a las prácticas y actitudes científicas, una manera de evidenciar esta esencial historicidad, que constituye a las ciencias del espíritu, es cotejarlas con las ciencias naturales en lo que hace a la forma de encarar sus historias en relación con la propia investigación. El científico natural advierte en su propia historia los esfuerzos que lo han precedido para elevar los conocimientos de su área hasta el estado en que se encuentran actualmente y por tanto contempla su pasado como una vía progresiva que, a través de la superación de ciertos errores, ha sabido abrirse paso. Para él la investigación actual de ningún modo depende de estas consideraciones sino “únicamente de la ley del objeto que se abre a sus esfuerzos metódicos” (p.352). Así el científico natural destacará en cuanto a la investigación, los actuales conocimientos y las experiencias que se están o pudieran llevarse a cabo, y en cuanto a su historia, el progreso y sus avatares anecdóticos. Pero no sucede lo mismo en las ciencias del espíritu. “Los grandes logros de la investigación espiritual científica no llegan, como quien dice, a pasarse” (p.352). Los hitos productivos del pasado no son meros jalones hacia el actual conocimiento sino que constituyen materia de constante interés para el enriquecimiento de la presente investigación. ¿Cuál es el motivo? “Es verdad que nuestro interés se orienta hacia la cosa, pero ésta adquiere vida a través del aspecto bajo el cual nos es mostrada” (p.352). Nuestra conciencia del pasado se encuentra significativamente colmada por la pluralidad de voces, de puntos de vista, que han intentado dar respuestas de profundo interés para nosotros, y que han planteado preguntas de no menor valor. Nos hallamos en la misma historia que a todos nos incumbe,

VII. El prejuicio de la perfección

“Ya hemos visto que el objetivo de toda comprensión y de todo consenso motivado sobre ella es el acuerdo en la cosa misma. La hermenéutica siempre se propuso como tarea restablecer un acuerdo alterado o inexistente” (p.362).

A. Schleiermacher: el todo y las partes

El círculo hermenéutico se desarrolla en un proceso de anticipación que se inaugura con una expectativa proyectada sobre el texto: una precomprensión del todo, que irá paulatinamente afinándose a medida que las partes de éste comiencen a delimitarse. Así “el movimiento de la comprensión va constantemente del todo a la parte y de ésta al todo” (p.361). Ahora bien, haciendo referencia a tal proceso, Schleiermacher distingue un “aspecto objetivo” que se desenvuelve desde las partes de un texto al texto mismo; de éste, a la obra del autor y, finalmente, la inserción de dicha obra en el todo de un género literario. Y un “aspecto subjetivo” que va desde el texto como “momento creador del autor al todo de la vida psíquica de éste. El aspecto subjetivo no tiene mayor relevancia para el interés hermenéutico, ya que al confrontarnos con un texto sólo nos incumbe saber en qué medida puede su autor hacer valer lo dicho, y para tal cosa poco podrían aportar las consideraciones de orden estilístico y formal, puesto que la aspiración de la interpretación es llegar a un acuerdo, un acuerdo de contenido o, como ya lo hemos establecido, un acuerdo en la cosa misma.

También señala Schleiermacher que el círculo hermenéutico del todo y las partes acaba en la comprensión del todo, en la resolución de todo lo extraño y extrañante de un texto. Pero esto no es, a nuestro juicio, más que una preten- sión ilusoria, que luego recogerá el historicismo y llevará hasta sus últimas consecuencias. Establecimos al tratar la preestructura de la comprensión que el círculo hermenéutico no es ni de carácter subjetivo ni objetivo sino **histórico** y, como tal, implica que en el comprender se abre una tradición presente sobre su propio pasado, en un acontecer temporal único. Esto nos impide, en definitiva, cerrar el conocimiento, clausurarlo, puesto que el transcurso de la tradición a la que pertenecemos no detiene jamás su propio desarrollo.

B. Una anticipación fundante

Esta apertura del círculo hermenéutico, que ya hemos explicitado en la imagen de la estructura concéntrica de la comprensión, no impide que la interpretación esté guiada por un principio formal que podemos denominar “anticipación de la perfección” (p.363), que hallará aplicación tanto en la forma misma de una obra como en su contenido. Este principio nos exige que, aun dentro de las limitaciones de nuestros puntos de vista, logremos la mayor coherencia en orden a la unidad de sentido que toda comprensión

la obra mejor aun que su autor, ha de ser reconsiderado desde una óptica distinta. En el marco de lo que llevamos dicho, el intérprete acude a la obra desde sus propios intereses, desde los prejuicios de su propia época y como tal elabora una intelección que originariamente no había sido reconocida ni por los mismos protagonistas. **De este modo afirmamos, no que cada época conoce más y mejor un obra, sino que su comprensión es diferente y, en la medida en que se ha cotejado y confrontado con anteriores interpretaciones, más rica.** De aquí que la comprensión no es nunca un comportamiento meramente reproductivo, sino que es creativo, básicamente creativo. De este modo la distancia no es sólo un mero requisito metodológico que ayuda a adquirir objetividad al desconectar los propios intereses de aquellos que se ventilan en lo que es conocido históricamente, sino que ella es el fundamento de toda perspectiva y como tal la posibilidad de nuevos puntos de vista. Este es en principio el ilimitado horizonte que se abre en toda comprensión, que no es nada menos que la reiterada y consecuente dimensión humana de preguntarse por sí mismo.

C. La distinción de los prejuicios

Esta distancia adquirida sobre el texto permite el encuentro en el texto y, de allí, la interpelación que el texto hace a nuestros propios prejuicios. Por lo tanto, es fruto de la distancia que nos permite el encuentro la posibilidad de abrimos al conocimiento de nuestros prejuicios y a la consecuente distinción entre ellos, entre los que permiten la comprensión y los que la impiden, favoreciendo los malos entendidos.

IX. La historia efectual

“¿Es siquiera pensable una situación histórica limitada por un horizonte cerrado?” (p.374).

La conciencia hermenéutica debe reconocer su propia historicidad, por tanto, el hecho de que en sus propios conceptos y actitudes perviven los efectos de los acontecimientos que intenta interpretar. Así nos dice Gadamer: “Cuando intentamos comprender un fenómeno histórico desde la distancia histórica que determina nuestra situación hermenéutica en general, nos hallamos siempre bajo los efectos de esta historia efectual” (p.371). Si desatendemos esa condición original de todo conocimiento y nos entregamos a la ilusión del objetivismo, del acceso inmediato al pasado, “‘lo otro’ se muestra tan a la luz de lo ‘propio’ que ni lo propio ni lo otro llegan realmente a expresarse como tales” (p.371). Es decir, que sólo alcanzamos una actitud acrítica que nos oculta la verdadera comprensión.

Mas es necesario advertir que en este desiderátum hermenéutico por conocer el propio punto de partida, nunca se poseerá una conciencia acabada de la propia situación interpretativa, ya que el conocimiento de ésta historia efectual

histórica no son eventos sino sus 'significados', esta comprensión no se describe correctamente cuando se habla de un objeto en sí y de un acercamiento del sujeto a él. En toda comprensión histórica está implicado que la tradición que nos llega habla siempre al presente y tiene que ser comprendida en esta mediación; más aun, como esta mediación" (p.401).

Durante el pietismo se procedió a establecer la existencia de tres momentos en la práctica hermenéutica: 1) una *subtilitas intelligenti*, la comprensión; 2) una *subtilitas explicandi*, la interpretación y 3) una *subtilitas aplicandi*, el verdadero aporte pietista. Luego el Romanticismo procedió a fusionar los dos primeros momentos de esta distinción, ya que muy acertadamente consideró que toda comprensión es inseparable de una interpretación, pero infiero que cayó en el olvido del tercer momento, el de la aplicación. Para la tradición pietista la aplicación era una instancia clave, se trataba de la "aplicación edificante que permite, por ejemplo, la Sagrada Escritura en el apostolado y la predicación cristiana" (p.379). Para nuestro análisis hermenéutico se nos hace patente que no es posible volver a la triple distinción en tanto artificiosa, pero así como el Romanticismo fusionó los primeros momentos, debemos reconocer que en toda hermenéutica son "uno" los procesos de "comprensión, interpretación y aplicación".

¿Pero qué entendemos hoy por aplicación? Como hemos constatado, ni más ni menos que la "aplicación del texto a la situación actual de intérprete" que permita tomar al texto en su más auténtica pretensión, en la esencia misma de su significatividad: "transmitirnos un contenido verdadero". Esto se hace manifiesto en la hermenéutica jurídica o en la teológica, para las cuales toda comprensión posee como meta, por un lado, la aplicación de una ley a un caso presente y concreto y, por otro lado, la predicación actual del mensaje de salvación. Nosotros nos vemos obligados a extender el alcance de la aplicación más allá del ámbito jurídico y teológico pues toda hermenéutica incluye esencialmente la dimensión de la aplicación, pues sin ella estaríamos "desde el vamos" colocándonos a nosotros mismos en una óptica desafortunada. Así la hermenéutica espiritual científica en su conjunto deberá ganar para sí el ámbito de la "actualidad" para las voces del pasado; es más, deberá adquirir una acertada conciencia de sí misma como el ámbito en que la comprensión, este modo fundamental de ser del hombre, adquiere el verdadero despliegue de sus posibilidades y se torna en el saber de sus propios fundamentos.

XI. Conclusión

"Tanto el filólogo como el historiador retornan así del auto-olvido en que los mantenía aherrojados un pensamiento fijado